

Como escribía un conocido autor: «El pensamiento, en pequeñas dosis, estimula y empuja a la acción; a grandes, embriaga y hace que titubee-mos; en dosis masivas, paraliza» (J. B. Torelló, *La Espiritualidad de los laicos*, Rialp, Madrid 1965, p. 9).

JUAN RAMÓN GARCÍA-MORATO

A. MacINTYRE, *After Virtue*, Notre Dame, Univ. of Notre Dame Press, 1980, 252 pp.

La obra consta de dos partes. En la primera, el A., profesor del Wellesley College de Massachusetts, realiza un análisis de la *situación actual de la ética*, que compara a la de una civilización tras una guerra catastrófica: sólo quedan fragmentos y dominan las ruinas. Vivimos en una sociedad donde la moral ha sido devastada por un hecho asolador, la pérdida del sentido y valor de la virtud: vivimos «After Virtue», *después de la virtud*.

Lo más característico de la situación moral presente es la ausencia de un acuerdo sobre qué sean el bien y el mal, pareciendo existir casi una imposibilidad para entenderse al respecto. A su juicio, esto se debe al predominio del «emocionalismo»; una moral del sentimiento subjetivo, desarrollada por los filósofos ingleses de comienzos de siglo, y que arranca de la convicción sobre la imposibilidad de dar una justificación racional de la moralidad objetiva: «Hoy en día, la gente piensa, habla y actúa *como si* el emocionalismo fuera la verdad» (p. 43). La moral se había fundado siempre, desde Aristóteles a nuestros días, en la metafísica, en una concepción del hombre, con su naturaleza y un fin que le es propio, al cual progresivamente se dirige por sus obras, que engendran las virtudes. Cuando en el siglo XVII la filosofía dominante negó la Revelación, derrocó con ella la sabiduría filosófica pagana sobre el hombre. Se tuvo, por un tiempo, la ilusión de mantener el ideal moral desligado de su fundamento metafísico. Pero esto es imposible: sin una base filosófico-religiosa, como en Aristóteles y en la tradición cristiana, es imposible fundar la objetividad del orden moral. Del creciente desorden subjetivista del sentimiento, se dieron cuenta algunos filósofos de la ilustración y más concretamente Kant, que trabajaron en lo que el autor llama «el Proyecto de encontrar una justificación racional a la moralidad». Pero el proyecto, desprovisto de su verdadero sostén terminó, como no podía menos, por fracasar. Por eso, Nietzsche pudo arrasar brillantemente los planteamientos de la «moralidad anterior»: estaban fundados sobre arena. El error se había cometido mucho antes, al abandonar a Aristóteles y la base metafísica de la moral, sin la cual se hace inevitable el subjetivismo del sentimiento, con la ausencia práctica de toda guía segura y certera. Conviene volver a Aristóteles, como genuino representante de aquel pensamiento moral verdaderamente perenne, nacido en las

sociedades heroicas de la antigüedad y culminado en la civilización cristiana. A un filósofo que supo recoger con fidelidad el pasado de la humanidad, en modo original y profundo, abriéndose a la vez al futuro.

La segunda parte de la obra de MacIntyre está dedicada, sobre todo, al *análisis de la virtud*, tema central de la ética aristotélica. Como en Santo Tomás, la ética de Aristóteles no es una ética del deber ni una ética legalista, sino una ética del bien y de la virtud: el bien es lo que perfecciona al hombre, y la virtud lo que le facilita conocer y obrar el bien. La objetividad del bien resulta, entonces, obvia: es lo que perfecciona efectivamente al hombre. Se ve ya «en el terreno de las prácticas u oficios, (donde) la autoridad misma de los bienes producidos —así como la de sus modelos— actúa en forma que excluye completamente un análisis subjetivista o emocionalista de nuestros juicios» (p. 137). No se puede decir de nadie que sea un buen carpintero, si los muebles que construye son defectuosos y no sirven. Más aún ocurre con la perfección del hombre, objeto de la virtud: sólo son buenas y virtuosas las obras que efectivamente encaminan al hombre hacia su fin o bien propio. La virtud se adquiere obrando el bien y enseña a conocerlo: la vida es un camino hacia el propio fin o bien, que se encarna en la virtud. La acción del hombre sólo se entiende como parte de una historia personal, de la cual cada uno es protagonista.

Parte de la incompreensión moderna sobre las virtudes se debe al hecho de que la facilidad que confieren para adquirir los bienes interiores y propiamente humanos, impone a veces renuncia o dificulta la adquisición de bienes externos. Una sociedad de consumo resulta poco sensible a la virtud, tiende a ser utilitarista y subjetivista. Sin embargo, concluye el autor, hay motivos para continuar siendo optimistas: la tradición ética de las virtudes ha superado ya otras crisis, y no hay motivo para pensar que no logrará superar también ésta.

RAMÓN GARCÍA DE HARO

Ralph MC INERNY, *Ethica Thomistica. The Moral Philosophy of Thomas Aquinas*, Washington, The Cath. Univ. of America Press, 1982, 129 pp., 14 × 21.

El autor es profesor de Filosofía Medieval y Director del «Medieval Institute» de la University of Notre Dame (Indiana); tiene en curso de publicación otra obra titulada: *Saint Thomas Aquinas*.

Comienza su *Ethica Thomistica*, delimitando el sentido de la *moralidad* en la vida humana, según Santo Tomás. Para él, la moralidad es la perspectiva propiamente humana de nuestra conducta; por eso, «ninguna acción humana escapa a esta amplia perspectiva, aun cuando cualquiera pueda ser también considerada desde una perspectiva no moral» (p. 4). De ahí que el orden moral comprenda no sólo las actividades